

donio y otros que dan su nombre á nuevas herejías, quién negando la divinidad de Jesucristo, quién combatiendo los privilegios y prerogativas de la Madre de Dios, buscando argumentos en las absurdas doctrinas del paganismo y la filosofía. Nestorio y Euthiques, los Monotheistas, Albigenses, Wiclefistas, Iconoclastas, Sacramentarios, los Raimundos de Tarraga, Guillemos de Sancto Amore y otros muchos, hasta el pérfido apóstata del siglo XVI, han hecho los mas extraordinarios esfuerzos por derrocar los cimientos de la fundacion divina. ¡Aberracion inconcebible del entendimiento humano! ¡Cómo si las obras de Dios pudiesen ser destruidas por las manos de los hombres! Nos hallamos en pleno siglo XIX, en un siglo que se dá á sí mismo el nombre de siglo de las luces, y cual si nada significasen mas de mil ochocientos años de triunfos y victorias, de admirable estabilidad á pesar de tantos elementos contrarios, se presenta un nuevo apóstol del error, queriendo arrancar á Jesucristo de una sola plumada la preciosa aureola de su Divinidad, negando por consiguiente, al afirmar que Jesucristo no es Dios, el gran misterio de la Encarnacion (1).

Es, mis amadísimos hermanos, un deber del orador sagrado, acomodarse en sus discursos, no solo á la capacidad de la mayoría de sus oyentes, sino tambien á la clase de auditorio que le escucha. Esto supuesto cuando yo dirijo mi voz á cristianos fuertes en la fé, dispuestos á perder la vida antes que apartarse de las

(1) Mr. Renan en su malhadada obra titulada *La vida de Jesus*. Entre la multitud de obras que se han escrito para combatir la impia producción del nuevo herejarca francés, son notabilísimas la *Nueva Demostracion de la Divinidad de Jesucristo*, del célebre Augusto Nicolás, y la *Refutacion analítica del libro de Renan*, por el Dr. D. Juan Juseu, distinguido Catedrático de Teología en nuestra Universidad Central.

banderas del catolicismo, ¿deberé detenerme en examinar la doctrina de los herejes contra el gran misterio que envuelve en sí la exaltacion de la humanidad, y que llena de santo júbilo celebra hoy la Iglesia, nuestra Madre, columna y fundamento de la verdad? ¡Ah! Que felizmente conozco que no es á vuestro entendimiento, sino á vuestro corazón á donde debo dirigirme. No os pido fé, pues sé que la teneis: os pido sí homenaje de gratitud. Quiero que el recuerdo del gran beneficio que Jesucristo nos dispensara, revistiéndose de nuestra carne y haciéndose como uno de nosotros, encienda en vuestros pechos el fuego de la caridad, para que cada dia le ameis mas y mas, en torno del grande é infinito amor que nos profesa, y que nos demostró tan ampliamente encerrándose en el cláustro virginal de María, para nacer en tiempo siendo eterno, y satisfacer en nuestra carne con crueles tormentos é ignominiosa muerte la justicia de su eterno Padre, justamente irritada contra la raza proscripta del proto-Padre de los humanos.

Sin embargo, digamos siquiera sea cuatro palabras, en refutacion de los errores de la escuela racionalista. ¿En qué se funda para negar la union hipostática de ambas naturalezas divina y humana en la Persona de Jesucristo? ¿Qué argumentos presenta para destruir la fé del mundo cristiano, que reconoce en el Hijo de María un Dios-hombre, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo? Tan solamente miserables sofismas.

Célebre es, ciertamente, el vaticinio de Isaías, cuando hallándose la ciudad de Jerusalem sitiada por los reyes de Siria y de Israel, se presentó al rey Acaz, para asegurarle de la proteccion del Señor. «El mismo

Señor, dice el profeta dirigiéndose á la casa de David, os dará una señal. Hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel (1).» El exacto cumplimiento de esta profecía en la Persona de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nos lo advierte San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio. Al referir la declaración que el ángel del Señor hiciera á José, cuando éste habia abandonado secretamente á su esposa, diciéndole: «No temas recibir á María tu mujer, porque lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo; y parirá un hijo: y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará á su pueblo del pecado» añade á continuación: «Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el Profeta, que dice: Hé aquí la Virgen concebirá y parirá un Hijo: y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir: Con nosotros Dios (2).»

Para los que hemos sido amamantados con la doctrina de la Iglesia; para los que tenemos la dicha de vivir de la fé, bástanos las autoridades bíblicas que acabamos de citar y que destruyen suficientemente los vanos sofismas de los racionalistas. ¿Cómo es posible, esclaman esos enemigos de toda verdad revelada, que aquel por quien fueron hechas todas las cosas, pudiera estrecharse hasta encerrarse en el seno de una mujer, estando al mismo tiempo en el seno de su Padre? ¿Cómo el que es eterno, pudo ser concebido para nacer en tiempo? ¿Cómo el que es Dios verdadero, pudo hacerse

(1) Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isai cap. VII. v. 14.

(2) Hoc autem totum factum est, ut adimpleretur quod dictum est á Domino per Prophetam dicentem: Ecce virgo in utero habebit, et pariet filium: et vocabunt nomen ejus Emmanuel, quod est interpretatum. Nobiscum Deus. Math. cap. I, v. 22 y 23.

sin dejar de ser Dios, verdadero hombre? San Lucas contesta anticipadamente á estas preguntas en las últimas palabras que dirige Gabriel á la Santísima Virgen María al anunciarla el Misterio de la Encarnación: *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum* (1). Porque no hay cosa alguna imposible para Dios. Al que con un fiat hizo los cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene ¿qué podrá haber imposible? No os admireis pues, decia el sábio obispo de Hipona á los herejes que en sus dias combatian el misterio de la Encarnación. Es admirable el razonamiento de este santo doctor al esponer el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Nosotros rendimos nuestros corazones á las verdades de fé, á los misterios de nuestra religion, por mas que sean incomprensibles á nuestra menguada inteligencia. Veamos ya de que modo el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios envuelve en sí la exaltación de la humanidad.

El hombre formado á la imagen y semejanza de Dios, constituido rey de la naturaleza, se convirtió en enemigo de Dios, en el instante mismo en que desobedeciera su precepto. Moriria pues sin remedio el hombre, esclavo del soberbio príncipe que le encadenara por la culpa: el anatema de muerte se habia fulminado por el divino lábio y no podia dejar de cumplirse: los funestos efectos de la soberbia y desmedida ambición del primer hombre, no podian terminar sin humillaciones, trabajos y desprecios: los hijos de Adán tan solo podrian suspirar por su rescate; el imperio del demonio no podia ser destruido ni por los soberanos espíritus que habitan los cielos, ni por los justos

(1) Luc. cap. I, v. 37.

que habian de aparecer sobre la tierra: la ofensa habia sido infinita, é infinita debia ser la satisfaccion. Luego ó la descendencia de Adan se pierde irremediamente, ó hay que satisfacer á la justicia divina con una satisfaccion de valor infinito. ¿Y quién podia ofrecerla? solo un Dios lleno de amor, su Hijo eterno consustancial é igual al Padre, pero en la forma de hombre era como podia aparecer pasible y mortal y satisfacer la justicia del Eterno.

Admiremos, M. A. O., la sabiduría y al mismo tiempo la misericordia del Señor á favor de las criaturas. ¿Quién nos hizo decaer de la altura de nuestra dignidad? ¿Quién nos envileció y nos hizo perder el hermoso título de hijos de Dios? La carne y la sangre: y ved aquí por que dice el Señor: «No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es de carne (1).» San Juan no se vale de otros términos que los de carne y sangre para distinguir los hijos de Dios de los hijos de los hombres (2). ¿Cómo es, pues, que el mismo Dios, que tanto aborrece la carne, se reviste de ella? ¿Por qué encarnándose en el vientre de María, se hace como uno de nosotros? Ved aquí descubierto el gran misterio de la exaltacion de la humanidad. El mismo Dios se reviste de nuestra carne, para que lo mismo que nos envileció sea lo que nos ensalce y eleve. *Verbum caro factum est*; el Verbo se hizo carne y hemos visto su gloria: *Vidimus gloriam ejus*. Dios se hizo hombre, pero sin dejar de ser Dios, sin despojarse de su omnipotencia, de su magestad, de su grandeza, de su omnisciencia ni de ninguno de los atributos que son

(1) Non permanebit spiritus meus in homine quia caro est. Génes. cap. VI, v. 3.

(2) Qui non ex sanguinibus..... Joan. cap. 1, v. 13.

propios y peculiares de su divinidad. ¡Qué admirable se presenta la infinita sabiduría de Dios, al disponer la reparacion y rehabilitacion de la humanidad. Un hombre fué la causa de nuestra perdicion: pues un hombre debia ser nuestro Salvador. Si Jesucristo fuese solo Dios y no hombre, no podia redimirnos, porque como Dios es impassible é inmortal: si hubiese sido verdadero hombre, pero no verdadero Dios, tampoco hubiera podido redimirnos: así discurre el Padre San Leon. Por esto la sabiduría eterna é increada dispuso que la segunda Persona de la Santísima Trinidad se hiciese hombre sin dejar de ser Dios, para que de este modo pudiese ofrecer el sacrificio de rigurosa justicia que habia de reconciliar al hombre con su Dios. Encarnado, pues, el Hijo de Dios en las entrañas purísimas de María, empiezan á quebrantarse las duras y pesadas cadenas de la mas ominosa esclavitud que á la humanidad ligara al terrible carro del fuerte armado, porque este misterio de amor es el anuncio del gran misterio del Calvario, donde se habian de desarrollar, digámoslo así, todas las misericordias del Señor á favor de las criaturas, quedando lavada la escritura de la maldicion del mundo.

¿Cuál es, pues, M. A. O., el origen de todos nuestros bienes y de nuestra verdadera felicidad? ¿A quién debemos nuestra rehabilitacion? ¿Quién vino á sacarnos del triste y lamentable estado en que nos hallábamos? La Encarnacion del Divino Verbo; Jesucristo que compadecido de nuestra miseria, nos dirigió una mirada amorosa concibiendo pensamientos de paz; Jesucristo que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo. ¡Gloria, pues, sea dada al libertador de la humanidad! Alábenle y bendíganle

todas las criaturas y no cesen jamás de cantar su misericordia, pues nos ha rescatado de la muerte dándonos la verdadera vida.

¿Pero deberemos contentarnos con admirar este gran misterio, con celebrar sus magnificencias? La humillacion de Jesucristo que se abate hasta hacerse hombre revistiéndose de todas las miserias de la naturaleza humana, escepto el pecado, para humillar nuestra soberbia y altanería. Hombres para quienes el orgullo es la pasión dominante que os hace mirar con desden si nó con desprecio á aquellos de vuestros hermanos que ocupan un lugar inferior al vuestro en la escala social; vosotros los que os creierais denigrados en alternar con el infeliz que no posee como vosotros bienes de fortuna, fijad vuestra vista en el autor y consumidor de nuestra fé: contemplad el gran Misterio de la Encarnacion del Verbo, y no podreis menos de humillaros y uniendo vuestra frente con el polvo de la tierra, conoceréis vuestro error. ¿Quién como Dios? ¿Quién le iguala en grandeza, en poder, en sabiduría? Él es el autor de cuanto tiene sér; sin semejante en el poder; árbitro de los destinos del mundo, muda cuando es su voluntad soberana, los humildes vestidos del pastor en la régia púrpura de Israel: en la orla de su vestido y en su manto tiene grabada esta hermosa inscripcion «Rey de reyes y Señor de los que dominan.» Sin embargo parece que se despoja de su magestad y grandeza, y encarnándose en el vientre de María se hace como uno de nosotros. Despojemos, pues, de nuestros corazones la soberbia y sigamos al Divino Mesías por las hermosas sendas de la humildad.

Reunid ahora M. A. O. cuanto llevamos dicho: traed á la memoria que la carne y la sangre nos despojaron de nuestra primitiva inocencia: contemplad despues al Divino Verbo revistiéndose de esta misma carne en el Misterio de la Encarnacion y comprendereis con cuanta razon os dije que envuelve en sí la exaltacion y rehabilitacion de la humanidad.

Hubiéramos perecido sin remedio ¡oh amorosísimo Salvador de la humanidad! si vos no hubiérais llevado á cabo vuestra Encarnacion. Recibid los tiernos homenajes de nuestra gratitud, y pues que sois el único mediador de propia autoridad y excelencia, interpuesto entre vuestro Eterno Padre y nosotros miserables pecadores, alcancemos por Vos los auxilios que nos son indispensables para vivir en el exacto cumplimiento de vuestra divina ley, y que sabiendo apreciar dignamente nuestra dignidad de cristianos y el gran beneficio que nos habeis dispensado ensalzándonos y rehabilitándonos en nuestros perdidos derechos, tengamos un dia la inestimable dicha de entrar en el reino de la gloriosa inmortalidad. *Amen.*